

**DISCURSO DEL DOCTOR DARIO ROZO M., PRONUNCIADO EN REPRESENTACION DE LA SOCIEDAD GEOGRAFICA DE COLOMBIA, DE LA ACADEMIA DE CIENCIAS Y DE LA SOCIEDAD COLOMBIANA DE INGENIEROS, DURANTE LA CEREMONIA DE INAUGURACION DEL BUSTO DEL GENERAL FRANCISCO JAVIER VERGARA Y VELASCO.**

*Artículo del Boletín de la  
Sociedad Geográfica de Colombia  
Número 54-55, Volumen XI  
Segundo y tercer trimestres de 1957*

**E**l señor Presidente de la Sociedad Geográfica de Colombia, interpretando el sentir de sus consocios, ha juzgado que en el homenaje que hoy se tributa al General Vergara y Velasco, miembro fundador que fue de esta institución y eximio geógrafo, no podía faltar la manifestación gratulatoria de la Corporación, y tuvo a bien recomendarme el rendir una alabanza verbal; comisión esta que me honra y que por esto mismo y por sincera complacencia propia, he aceptado y procuro cumplir.

En esta solemne ocasión no puede faltar tributo de respeto y admiración por parte de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas Físico-químicas y Naturales, Correspondiente de la Española; y tampoco el de la Sociedad Colombiana de Ingenieros. En tal virtud estas meritorias instituciones han querido unir su homenaje sincero y espontáneo al que rinde la Sociedad Geográfica en veneración del General Vergara y Velasco, para dar testimonio de que aprecian y aplauden su dilatada labor erudita.

Es grato al espíritu hablar de las personalidades que dieron su contribución individual para el adelanto de la cultura de sus conciudadanos, porque son ellas las que tienen el poder de formar la nacionalidad, pues infunden y modelan la idiosincrasia de una nación: así cuando mencionamos a Inglaterra se agolpan en nuestra imaginación los nombres de Newton, Shakespeare, Churchill; si se alude a Italia, surgen Galileo, Leonardo, Marconi, Alfieri; al nombrar a Francia, se presentan las imágenes de Pascal, Berthollet, Lamartine, Mallarmé; cuando hablamos de España recordamos sin

esfuerzo a Don Alfonso el Sabio, al ingenioso Peral, al atrevido Gaudí, al desdichado Balboa, a García-Lorca. Estas admiradas figuras y otras muchas más, traen cierta paz al espíritu y amable gratitud al alma porque las miramos como bienhechoras nuestras al ser benefactoras de la humanidad.

Con respecto a la nacionalidad colombiana nos es amable recordar a nuestros compatriotas la personalidad del General Francisco Javier Vergara y Velasco, graduado con lucidez en Ciencias Militares, las que rigurosamente incluyen las matemáticas y muy sólidos conocimientos de la geografía, pero no solamente en lo relativo a hipsografía e hidrología, sino también de manera especial en lo que trata de los climas, ciencia ésta en que fue sobresaliente y sobre la cual hizo para Colombia obra perdurable.

Sus actividades de hombre dinámico abarcaron casi la última mitad del siglo pasado y tres lustros del presente, y en ese lapso que comprendió la mayor parte de su vida, aprestigió la Nación con su intelectualidad y sus numerosos escritos y con sus tareas docentes, a pesar de que esa época, que le tocó vivir, contó numerosos y nefandos días que concentraron tribulaciones y congojas sobre la Patria, porque entonces hubo tristes siegas de prometedoras vidas en nuestras guerras civiles, sobre todo en la última y más terrible que duró mil días, y porque entonces fue cuando se desmembró la unidad de nuestro territorio y quedó como recuerdo en nuestro escudo el símbolo del preciado terreno que una vez fue dique entre los dos más grandes océanos del mundo en cuyas aguas sendos velámenes blanquean, como una añoranza de las gestas colombianas sobre los mares.

Vergara y Velasco publicó en 1888, cuando sólo tenía 28 años de edad, y a su costa, una Geografía de Colombia que llamó la atención de los entendidos por el aspecto nuevo que presentaba su estudio; en 1901, y también costeadada por él mismo, hizo una nueva edición enriquecida aún más en la modalidad de climatología, a la cual dedicó su criterio científico y renovador; en 1906 dio a la estampa la primera carta fisiográfica de Colombia, elaborada por él, y se puede decir que entonces con esa primicia inició el estudio de la fisiografía colombiana, ciencia de la cual no puede prescindirse si se busca el desarrollo vital y saludable del conglomerado humano de una nación.

En muchos casos formuló conceptos nuevos en ciencias, así en 1891 y antes de que lo hubiera hecho el geógrafo francés Juan Brunhes, puso a la consideración de los tratadistas el concepto del «ecuador térmico» que no coincide con el ecuador geográfico ni es función matemática de la inclinación de la eclíptica».

En 1906 publicó su *Atlas completo de Geografía de Colombia* que está compuesto por ochenta mapas grabados en madera, lo que constituye un prodigio en el arte del grabado llevado a cabo por conocidos artistas de ese entonces, por la dificultad de ejecutar los letreros que era necesario hacer destacar ora sobre lo blanco, ora sobre las medias tintas que se habían de obtener por rayas paralelas trazadas a pulso con el agudo buril sobre la dura madera de las xilografías; alguna razón indeficiente hubo de mediar para que no prefiriera el sistema litográfico, menos dispendioso y más nítido. La Sociedad Geográfica de París concedió a Vergara y Velasco, por este atlas, el premio *Charles Maunoir* que sólo se ha concedido a los mayores esfuerzos cartográficos, como lo dice la leyenda que se imprimió al pie del facsímil de la carta fisiográfica reproducida en la revista de la Academia Colombiana de Ciencias, con motivo del merecido y encomiástico estudio sobre la obra de Vergara y Velasco hecho por el conocido hombre de ciencia Luis María Murillo.

Los trabajos científicos del General fueron mejor apreciados en el extranjero que entre sus conciudadanos: se acaba de hacer mención del premio *Charles Maunoir*, pero hay otras varias manifestaciones de ese justo aprecio, como la del eminente geógrafo Elíseo Reclus, que le escribía personalmente, y quien le decía en 1889:

«Esto que me dice de sus proyectos relativos al estudio completo del suelo y del clima colombianos, permite hacernos esperar una obra grandiosa, y por mi parte, sería yo feliz de poder contribuir a su plan, aunque fuera en mínima proporción».

Y cuando publicó Vergara su proyectado estudio, Reclus lo citó repetidas veces en su extenso capítulo dedicado a Colombia. En 1893 lo felicitaba vivamente por su excursión a la cima del Sumapáz y a las vertientes del río Ariari; con tal motivo le dijo:

«Usted ha realizado preciosas investigaciones que contribuirán al progreso de la geografía. Si usted me lo permite, comunicaré el resultado de sus estudios a algunas sociedades de sabios, a menos que usted quisiera hacerlo personalmente».

Don Jorge Boa, conocido hombre de letras colombiano y diplomático, le escribió desde Londres diciéndole que había visto con especial satisfacción que los centros europeos apreciaban sus trabajos geográficos de manera altamente lisonjera para el orgullo patrio.

Los estudios de climatología colombiana embargaron, se puede decir, toda la vida de Vergara y Velasco, puesto que después de haber sufrido los azares de las campañas en las contiendas civiles que hubo en los tiempos de sus mocedades, sirvió desde 1880 hasta 1888 en el Instituto Nacional de Agricultura como colaborador del sabio naturalista y médico Don Juan de Dios Carrasquilla.

Fue escritor y periodista y su colaboración erudita en materias militares no podía faltar cuando el Presidente de la República General Rafael Reyes reglamentó e impuso los estudios y disciplinas que habrían de engrandecer al ejército colombiano; así pues al lado de la Misión Chilena que fundó hace ya medio siglo la Escuela Militar y la Escuela Superior de Guerra, fue llamado como profesor en ambas instituciones.

A este respecto conviene hacer una anotación que pone de relieve el carácter modesto que tenía y que es el que distingue a todo hombre que estudia movido por el deseo de saber y de conocer a conciencia lo que le interesa y apasiona: la Escuela Superior de Guerra que acabamos de mencionar quedó establecida en 1909 bajo la organización de la segunda Misión Chilena que complementó lo hecho por la primera y cuyo objeto era el de instruir a los oficiales superiores; muchos de éstos se mostraron renuentes a someterse al aprendizaje exigido a oficiales subalternos. El General Vergara y Velasco que por sus conocimientos hubiera podido excusarse, dio ejemplo y siguió el curso de aplicación en la Escuela de Guerra como si fuera un simple Teniente y al mismo tiempo les daba a sus condiscípulos clases de Topografía, de Dibujo Cartográfico y de Historia Militar; y nunca evadió los ejercicios prácticos en el terreno, penosos y fatigantes como armar puentes y pasarelas, y marchas forzadas por terrenos escabrosos e incultos cargando el fusil y la mochila.

El curso de Estado Mayor que hizo al año siguiente, cuando era General de División, lo siguió habiéndose matriculado como si tuviera el grado de Coronel; pero al mismo tiempo «actuaba como Subdirector de la Escuela Superior de Guerra y continuaba dictando sus clases».

Uno de sus discípulos, que fue más tarde director de la Escuela Superior de Guerra, el Coronel Luis Acevedo, escribió: «En el señor General Vergara y Velasco se aunaron las cualidades del amigo, del consejero y del maestro. Propagador fervoroso de todo cuanto pudiera contribuir al adelanto nacional en sus diferentes formas, nunca rehusó poner al servicio de quien lo solicitara el concurso valiosísimo de sus conocimientos y de su influencia personal».

Estos rasgos ennoblecen la figura del General Vergara y Velasco dándole cierta aureola de modestia que desmintió los decires de la envidia.

Fue miembro correspondiente de la Real Sociedad Geográfica de Madrid, de la Real Sociedad Geográfica de Londres, de la Sociedad Geográfica de París, de la Sociedad Geográfica de Neuchatel y de la Sociedad Geográfica de Lima.

También fue un historiador original y afortunado porque las fuentes de sus estudios eran los propios archivos antiguos, donde halló muchos documentos que no habían sido escudriñados por

los que ya habían publicado libros de historia. Tituló su producción de esta clase *Capítulos de una Historia Civil y Militar de Colombia* y publicó cuatro series; la cuarta y última tiene fecha del 7 de agosto de 1913, poco menos de seis meses antes de su muerte acaecida en Barranquilla el 21 de enero de 1914.

Entre los capítulos de esta serie hay unos con el mismo sabor irónico y narrativo del libro de Rodríguez Freile; el primero se intitula *Cuadros que faltaron en «El Carnero»* y habla en él de los primeros alborotos religiosos en Santafé y del origen de las iglesias de las Nieves y de la Veracruz. En otro capítulo hace la historia de las minas de Muzo. En 1905 escribió la *Historia General de la Guerra Ruso-japonesa*, que fue elogiada grandemente.

El General Vergara y Velasco era infatigable. Su ejemplo debiera seguirse por todos los que nos interesamos en el progreso de las ciencias entre nosotros.

Hoy el amor filial y el deseo de que quede perdurablemente valorada entre las gentes venideras la obra científica y didáctica del probo General Francisco Javier Vergara y Velasco, han erigido un bronce artístico que representa su figura marcial. Este acto generoso merece las más sinceras congratulaciones de la ciudadanía hacia los distinguidos vástagos del varón a quien alude esta corta alabanza; ellos han sido prez de la sociedad dándole honor con sus virtudes y con sus valiosos conocimientos: los doctores Julio César y Adalberto Vergara y Vergara, dignos hijos de su padre.

